

---

## Los supuestos del feminismo puestos de cabeza

Barbara Ehrenreich

**A**un aquellas personas que pensaríamos son inmunes a la vergüenza, como el secretario de Defensa de los Estados Unidos, reconocen que las fotos de los abusos cometidos en la cárcel iraquí de Abu Ghraib provocan náuseas.

A mí, como feminista, las fotos me provocaron otra cosa. Me partieron el corazón. No tenía ilusiones sobre la misión de EE.UU. en Irak —sea cual sea ésta—, pero resulta que sí tenía ciertas ilusiones con respecto a las mujeres.

De los siete soldados estadounidenses ahora acusados de cometer repugnantes abusos en Abu Ghraib, tres son mujeres: las soldados Megan Ambuhl, Lynndie England y Sabrina Harman.

Fue a Harman a quien vimos con una sonrisa pícaro y haciendo un gesto de victoria con los pulgares, desde atrás de una pila de hombres iraquíes desnudos encapuchados, como diciendo: “Hola mamá, ¡estoy en Abu Ghraib!”. Fue a England a quien vimos con un hombre iraquí desnudo atado con una correa. Ni el encargado de las relaciones públicas de Al Qaeda podría haber armado una mejor imagen para galvanizar a los fundamentalistas islámicos misóginos del mundo.

Aquí, en las fotos de Abu Ghraib, encontramos todo aquello que según los fundamentalistas islámicos caracteriza a la cultura occidental, todo perfectamente dispuesto en una sola imagen: la arrogancia imperial, la depravación sexual... y la igualdad de género.

Quizá no debí desconcertarme tanto. Sabemos que las buenas personas pueden hacer cosas espantosas en las circunstancias adecuadas. Esto es lo que descubrió el psicólogo Stanley Milgram en sus famosos experimentos de los años sesenta. Con toda probabilidad, Ambuhl, England y Harman no son congénitamente malas personas. Son mujeres de clase obrera que deseaban una educación y que sabían que el ejército sería un paso en esa dirección. Una vez reclutadas, quisieron encajar.

Y tampoco debí haberme sorprendido, porque jamás he pensado que las mujeres sean innatamente más tiernas y menos agresivas que los hombres. Como la mayoría de las feministas, he apoyado la igualdad de oportunidades dentro del ejército, porque 1) sabía que las mujeres pueden luchar y 2) porque sabía que el ejército es una de las pocas alternativas abiertas a las jóvenes de bajos recursos.

A pesar de que en 1991 me opuse a la Guerra del Golfo Pérsico, me sentí orgullosa de nuestras militares y encantada de que su presencia molestara a sus anfitriones sauditas. En secreto albergué la esperanza de que con el paso del tiempo la presencia de las mujeres cambiaría al ejército, volviéndolo más respetuoso de diferentes culturas y personas, más capaz de realmente mantener la paz. Eso pensé entonces, pero ya no lo pienso.

Un tipo particular de feminismo, o quizá debería decir que un tipo de ingenuidad feminista, murió en Abu Ghraib. Era un feminismo que percibía a los hombres como los perpetuos culpables, a las mujeres como las perpetuas víctimas, y a la violencia sexual masculina contra las mujeres como la raíz de toda la injusticia. La violación se ha usado repetidamente como instrumento de guerra y, para algunas feministas, parecía que la guerra era una ramificación de la violación. Cuando menos, parecía haber evidencia de que el sadismo sexual masculino estaba asociado con la trágica propensión a la violencia que tiene nuestra especie. Eso fue antes de haber visto a todo color el sadismo sexual de las mujeres.

Pero este feminismo ingenuo no estaba equivocado en la teoría únicamente. También se equivocaban su estrategia y visión para el cambio. Esa estrategia y visión descansaban sobre el supuesto, implícito o abiertamente aceptado, de que las mujeres son moralmente superiores a los hombres. En muchos de nuestros debates discutimos si era la biología o el condicionamiento lo que le daba a las mujeres esa ventaja moral, o si sólo resultaba de la experiencia de ser mujer en una cultura sexista. Pero el supuesto de superioridad, o al menos una menor tendencia a la crueldad y la violencia, quedaba más o menos fuera de discusión. Después de todo, las mujeres se encargan de hacer casi todo el trabajo de cuidado en nuestra cultura, y en las encuestas suelen mostrarse menos proclives a la guerra que los hombres.

Ahora no soy la única que hoy batalla con ese supuesto. Mary Jo Melone, columnista del *St Petersburg Times* en Florida, el 7 de mayo

escribió: “No puedo sacarme de la cabeza la foto de England (señalando los genitales de un iraquí encapuchado) porque éste no es el comportamiento que se espera de las mujeres. El feminismo me enseñó hace treinta años no sólo que los hombres nos tratan injustamente, sino que somos moralmente superiores a ellos”.

Si ese supuesto fuera acertado, lo único que hubiéramos tenido que hacer para que el mundo fuera mejor —más amable, menos violento, más justo— hubiera sido integrarnos a lo que, durante tantos siglos, fue el mundo de los hombres. Lucharíamos para que las mujeres fueran generales, directoras de empresas, senadoras, profesoras y generadoras de opinión, y esa sería la única lucha que tendríamos que emprender. Porque una vez ganados el poder y la autoridad, y toda vez que tuvieran una presencia importante en las instituciones de la sociedad, las mujeres naturalmente fomentaría el cambio. Es eso lo que pensábamos, quizá hasta de manera inconsciente, pero no es verdad. Las mujeres son capaces de hacer lo impensable.

En el caso de Abu Ghraib ni siquiera se puede argumentar que el problema es que no había suficientes mujeres en la jerarquía militar como para detener los abusos. Una mujer dirigía la prisión, la general Manis Karpinski. El más alto oficial de inteligencia estadounidense en Irak, también responsable de revisar el estatus de los detenidos antes de su liberación, fue la general Barbara Fast. Y la funcionaria responsable de dirigir la ocupación de Irak desde octubre fue Condolezza Rice. Como Donald H. Rumsfeld, ella hizo caso omiso de los informes sobre abusos y tortura hasta que apareció la irrefutable evidencia fotográfica.

Lo que hemos aprendido de Abu Ghraib, de una vez por todas, es que el útero no sustituye a la conciencia. Esto no significa que no valga la pena luchar por la igualdad de género por sí misma. Sí vale la pena. Si creemos en la democracia, creemos en el derecho de que las mujeres hagan y logren cualquier cosa que los hombres hagan y logren, aun las cosas desagradables. Es sólo que la igualdad de género no puede, por sí misma, hacer que el mundo sea justo y pacífico.

De hecho, tenemos que reconocer, con toda humildad, que el feminismo basado en la superioridad moral de las mujeres no es sólo ingenuo, sino que también es una forma de feminismo indolente y autocomplaciente. Es autocomplaciente porque supone que la victoria de una mujer es por su propia naturaleza una victoria para toda la humanidad. Y es indolente porque supone que tenemos sólo una lu-

cha —la lucha por la igualdad— cuando de hecho tenemos muchas más.

Realmente lamento decir que las luchas por la paz y la justicia social y contra el imperialismo y la arrogancia racista no pueden asimilarse a la lucha por la igualdad del género.

Lo que necesitamos es un nuevo tipo de feminismo que sea rudo, que no se haga ilusiones. Las mujeres no cambian las instituciones con sólo integrarse a ellas, con sólo decidir conscientemente que van a luchar por el cambio. Necesitamos un feminismo que enseñe a las mujeres a decir que no; no sólo al novio violador o al novio demasiado insistente sino, cuando sea necesario, al ejército o a la jerarquía corporativa en la que se encuentren.

En breve, necesitamos un tipo de feminismo que aspire no sólo a integrar a las mujeres a las instituciones que los hombres han creado a lo largo de los siglos, sino a infiltrarlas y subvertirlas.

Para citar un viejo dicho feminista que dista mucho de ser ingenuo: "Si crees que la igualdad es la meta, tus objetivos son poco ambiciosos". No basta con ser iguales a los hombres cuando los hombres actúan como bestias.

No basta con integrarse. Necesitamos crear un mundo al que valga la pena integrarse.

*Traducción:* **Nattie Golubov**